

tenemos que despojarnos voluntaria y alegremente del doctoral empaque con que hasta aquí, oraculescamente, se ha actuado por algunos. Hay que perforar la capa de tierra que cubre los monumentos y aventar la de polvo que tapa los papeles aún existentes. Y sacar a la luz datos, muchos datos de todos los calibres: tiempo habrá de construir con ellos. Quizá no llegue nuestra generación—o nuestro grupo—a tener la fortuna de poderlos emplear, pero otros vendrán a recoger el fruto: en el fondo lo que importa no es la satisfacción de la vanidad, sino el servicio que se presta a la gloria del pasado.

Volvámos, pues, modestamente, al terreno familiar. Exhumemos, conozcamos y valoremos todas las *teselas* del gran mosaico constituido por nuestra aportación a la cultura, al arte y a la historia española. Solamente así conseguiremos hacer algo serio y Badajoz dejará de ser en los libros nacionales una expresión geográfica sin presencia real. Solo después de múltiples trabajos parciales, humildes si se quiere, podrá conocerse en su integridad global nuestra brillante tradición.

Mientras no se haga todo esto, es inútil intentar una labor sólida. La famosa *Psicología extremeña*, escrita sin conocer apenas media docena de hechos y nombres gloriosos, sin una raíz histórica honda, sin una comprobación documental copiosa, será todo lo que se quiera menos una tarea seriamente hecha.

· Será comenzar la Iglesia por la espadaña.

Reaccionemos contra todo eso.

Vuelta a empezar..

N. de la R.

Han pasado cuatro años desde que este «Prólogo», del ilustre erudito Rodríguez-Moñino, se publicó. Todo sigue igual. Durmiendo en el abandono. Nosotros fieles a lo que en él se dice lo damos hoy uniendo a su llamada la nuestra, con la esperanza de ser oídos.

EL SUICIDIO

(CUENTO)

POR JESÚS DELGADO VALHONDO.

Se llama este sitio donde estoy sentado, bajo el condolido y escuchado atardecer, el Barranco. Veo desde aquí rocas pardas, berroqueñas, envejecidas, con el silencio decadente de musgos secos, ya hartos de vida. Algunas hojas, venidas sabe Dios de donde, estallan su amarillo en suspiros melancólicos, abatidos, marchitos. La hierba me moja la quietud, la soledad medida en micras, de mi gastada carne, de mis aflojados nervios. El aire, completamente calvo, tiene frialdad de cuchillo de sacrificio. Es fino y sabe a acero nuevo.

El espacio que me rodea y separa de las cosas, es leve y comunicativo. Lo más interesante es una cruz de hierro—dicen que aquí mataron a un gitano—que le alborea un perdón dulce de caminante, un perdón en activo.

Con premeditación he escogido este sitio para arreglar mis cuentas. Esas cuentas que se arreglan sin papel y sin lápiz—el papel y el lápiz van perteneciendo a lo femenino—y para ello me he traído una pistola, que, de vez en cuando, acaricio para que no se vaya.

Estoy satisfecho, contento no puedo estar, del lugar elegido. Las ideas me saltan inquietas, como mariposas alrededor de la luz. Y la luz, en este caso, es mi cerebro.

Nací en Mérida. Pueblo que se pisa y siempre está uno lejos de él. Recuerdo el acueducto con las agudas sombras de las cigüeñas midiendo no sé que sueño perdido en la tierra. El anfiteatro era lucífugo—seguro que lo seguirá siendo—y los arcos del puente no conseguían jamás tener debajo un aire gordo para descansar. Salí de Mérida siendo niño, un niño enfermo, cristiano, barrido, para estudiar el Bachillerato. Y aquí empezaron mis desgracias, estas desgracias que a veces—tristemente—me las buscaba. Yo he tenido sueño y he dormido, después he tenido sueño y no he querido o no he podido dormir y por último no he tenido sueño y, por lo tanto, no he dormido. Tres etapas de mi vida.

Pero yo he venido aquí a otra cosa, a meditar y a matarme después, no a contarme lo de mi pasada vida, que demasiado bien lo sé.

Se me van las ideas por caminos distintos de los que deben llevar. Me recuerdan estas variaciones de mi pensamiento, aquella temporada—las penas no vienen solas—que tuve tan graves y serios disgustos con la muerte de mi mujer y el mayor de mis hijos; me distraía, me iba de mi dolor, viendo unos prados llenos de flores y escuchando una musiquilla, siempre alegre, hasta hacerme olvidar a los seres que se fueron. Verdad es que luego volvía a ella recriminándome. Ahora, en el final de mi vida, me sucede algo parecido.

¿Cuánto tiempo llevo aquí sentado? Una eternidad. ¡Yo sí que sé de la eternidad! ¡Qué viejo me encuentro, Dios mío!

* * *

Quando voy entrando en el pueblo—el día concibe al sol—me adelanta un hombre pardo, de esos que alguien a dado en llamar hijos de la tierra.

Viene sudoroso, cansino, húmedo, algo lunático, desquiciado. Parece que va a nacerle la hierba, de un momento a otro, en las manos, en la frente, en el pecho que deja ver bajo una camisa desteñida, terrosa, destrozada.

—¿Qué ocurre?—le pregunto.

— Hay un hombre muerto en el Barranco. Dijo no se cuantas cosas más de la justicia, de la familia, del susto.

Sobre mis pasos vuelvo y pronto estoy frente a frente del hombre muerto. Está sanguinolento—lo tengo aquí delante, lo puedo coger si quiero—, los ojos abiertos, locos, verdosos, turbios por donde hormigas amanecen en lágrimas de luto. Despeinado, sucio—como si hubiese luchado con la tierra—, roto. La sien derecha denota que ha manado sangre, ya casi negra, que mancha la hierba, las piedras, la cruz de hierro, el campo. La frente, dudosa vista de lado, cara a cara dice algo de serenidad absurda. Beben en la sangre moscas azules, pardas, gordas, y bebe el sol. Lo miro atento porque es mi cadáver. Me pesa en el alma—que creo es en lo que estoy—haberme matado. Me produce asco mi cadáver. Y esas manos a medio abrir....

* * *

Año sonámbulo por el pueblo.

—La autopsia es a las cinco—, dice una fuerza viva a otra fuerza viva.

—Tenía que terminar así—, dice un viejo a otro viejo.

—¡Qué horror!—comentan dos jóvenes.

Escucho los comentarios y bromas sobre mi suicidio hasta que suenan las cinco cinco campanadas que me golpean en la espalda hasta llevarme al cementerio.

A la izquierda del cementerio, oliendo a cadáver destrozado, está el depósito. Dentro, sobre una mesa de mármol—tan frío que hasta mí llega su blancura helada y dura—, mi cuerpo desnudo, exacto y solo.

Serraron mi cabeza y me ví los sesos.

—Aquí—explica un médico a su alumno—se encuentra la gracia. Y aquí, el recuerdo.

Yo veo pasar por esta parte de mi cerebro, como en cine, a toda mi familia.

Mi mujer cose, el chico juega y pide pan, mi madre va de un lado a otro.

Allá, lejos, la mesa; el florero tiene las flores muy pasadas. El cuadro aquel... No puedo mirar más, uno de los alumnos tiene mi corazón en la mano.

—Está V. pálido, D. Jacinto—, me dice el Juez.

— Está V. mareado—, aseguran otros.

—Oiga, señor Juez, es que ese es mi cadáver.

—No pierda V. nunca el buen humor—, me contesta riendo.

Miro los papeles que en la mano tiene recién escritos, cuyas letras me recuerdan las hormigas que hace unas horas me nacían en los ojos.

—Este pobre— me aclara— tenía que terminar así: Demetrio Díaz Cubil. ¿No recuerda?

—Sí, sé quien es. Yo creía que se trataba de mí. Yo me creía el suicida.

El Juez volvió a reír.

* * *

Pór el cementerio ando en busca de las tumbas de los míos. Sobre la tumba de mi madre, lloro. Cuando me levanto, me siento hombre nuevo. Siempre después de llorar me he sentido hombre nuevo, pero esta vez, además, recién maduro.

EL SUEÑO DE WILHEM

¡Qué día, Dios! Desde el amanecer no había dejado el enemigo de lanzar sus oleadas al asalto—una...dos...tres...—con la tenacidad y monotonía de un péndulo de segundos.

Apenas quedaba un puñado de hombres en aquel minúsculo «erizo», perdido en la inmensidad del frente del Este. Los demás habían abandonado «el infierno», con la seguridad de que el que encontrasen, si con él topaban, por desgracia, no había de ser peor que el que dejaban; o yacían aquí y allá, mal entrapajados los miembros sangrantes, y el rostro cárdeno por el calor y la fiebre.

A las tres de la tarde, el sol, que repartía con ejemplar equidad sus abrasadores rayos sobre unos y otros, impuso la tregua. Fueron espaciándose los broncos morterazos, los secos castañetazos de los tanques, los perrunos mordiscos de las ametralladoras, y todo quedó en silencio. Un silencio denso, que, sin tóxico, podía decirse de muerte.

Reunió el teniente a los pocos que quedaban. Había que aprovechar el respiro, cuidar de los heridos, cumplir con los muertos la última obra de misericordia. En todos los rostros, sombríamente impasibles, podía leerse la misma interrogación: ¿Para qué? Dentro de unas horas...mañana...¿quién había de preocuparse porque ellos descansasen, bien arropaditos en el lecho maternal de la tierra?

Pero la orden se cumplió. Ese último resto de civil convivencia que es capaz de despertar una imperiosa voz de mando, triunfó del fatalismo y los hombres tomaron los útiles para la macabra tarea. Allá fueron Erich, el veterano que, siendo un chiquillo, se había batido en el Somme, en 1915; y Ernest, que todos los días hablaba de su granjita luminosa a orillas del Donáu; y Wilhem, con sus zancas largas y huesosas de adolescente, sus pelillos, como estambres, en el labio, y sus ojos azules, prematuramente endurecidos por el reflejo gris azulado del casco.

Cráneos descabalados, rostros trágicos, vientres inflados como odres, pingajos, podredumbre, miseria, moscas, moscas... Wilhem, que había estudiado ya su poquito de filosofía en el Gimnasio, intentó meditar: «Si fuéramos sólo esto... ¡qué poca cosa! Nada...nada... Y de pronto le entró el horror a la muerte; sintió que las bascas le subían a la garganta, y se nublaban los ojos, y se le doblaban las piernas; y cayó hecho un ovillo, como si le hubiese fulminado un balazo.

Pero su espíritu continuaba extraordinariamente lúcido, las imágenes desfilaban con absoluto relieve y nitidez, y sentía la extraña impresión de que estaba viviendo muchos años en pocos segundos.

Vió primero una larga sala, toda blanca, con camas alineadas a ambos lados en toda su longitud. Cada lecho estaba ocupado por un anciano, y todos los rostros eran largos, arrugados, tristes. Nadie hablaba. Ni un solo ser juvenil y riente ponía su nota alegre en aquel cúmulo de melancolías. Aque-